



Luciano Francisco Comella

El mayor rival de Roma: Viriato

Drama trágico en un acto

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luciano Francisco Comella

El mayor rival de Roma: Viriato

Drama trágico en un acto

PERSONAS:

Viriato, caudillo del pueblo español.
Dulcidia, su esposa.
Pompeyo, general romano.
Quinto Cepio.
Ditalcon, capitán español, hermano de Dulcidia.
Minor, capitán español.

El teatro figura un campo de batalla de un ejército derrotado con varias tiendas destrozadas, y entre ellas la de Pompeyo: al levantarse la cortina salen varios romanos huyendo tirando los escudos y las lanzas haciendo ademanes de maldecir su suerte: detrás de ellos saldrá Pompeyo despechado.

POMPEYO

¿Qué es esto? ¿dónde vais desordenados?

¿las espaldas volvéis al enemigo?

CAPITÁN

Mira, Pompeyo el campo de batalla, no es cordura lidiar contra el destino. Vase.

POMPEYO

¡O día de dolor y de amargura!

¡día de confusión y de conflicto!

¡Quien pudiera borrar de los tiempos

para dejar un lecho obscurecido,

que va a ser el oprobio de Pompeyo,

la vergüenza de Roma, y el ludidarlo

de un Senado! Sin horrorizarme

no puedo ver los míseros testigos

de la carnicería, del estrago,

de la desolación, el exterminio

que acaba de dejar en ese campo

el fuerte Viriato; ese bandido

que diez meses a Roma ha consternado,

y otras tantas sus huestes ha vencido.

Todo es horror y muerte; todo espanto,

todo confusos ayes y gemidos:

según la sangre inunda las campiñas,
los verdes prados de este ameno sitio,
sólo producirán purpúreas flores:
las cristalinas fuentes, asimismo
ofrecerán por agua roja sangre;
y el caudaloso Tajo, dará indicio
cuando tribute al mar con su avenida
cadáveres y sangre en sacrificio,
de que la fiera parca se ha cansado
de cortar a las vidas tantos hilos.

Tan solo igual derrota ha visto en Cannas;

solo Aníbal, de Roma ha conseguido

victoria tan completa, y sanguinosa;

¿y tendré yo valor ¡mortal conflicto!

para escribir a Roma esta desgracia?

No soy Plaucio, Metelo, ni Servilio.

Primero el pundonor y la vergüenza

acabarán la vida que abomino.

Primero moriré sobre la cima,

de esos montes de muertos y de heridos.

Soy noble, soy romano, soy Pompeyo,

y acreditarlo debo con el brío.

Para salvar el resto de mis tropas,

no tengo más recurso, más arbitrio,

que el de hacer unas paces vergonzosas.

¿Y con quien? con un prófugo, un bandido,

que aprendió el ejercicio de las armas,

con una tropa vil de forajidos.

Yo no mancho la gloria del Senado,

ni tampoco la mía: mis principios,

mis hazañas, exigen que yo muera

con la gloria que han muerto mis patricios:

esto pide mi fama y mi decoro:

ya es igual con el vuestro mi destino.

Sale Cepio.

CEPIO

¿Qué vas a hacer? ¿qué intentas?

POMPEYO

Darme muerte.

CEPIO

Mira Pompeyo...

POMPEYO

Yo no sobrevivo a mi fatal derrota.

CEPIO

¿Por qué causa?

POMPEYO

Por que nací Romano.

CEPIO

Por lo mismo

te debes conservar mientras existas

en España, en España el poderío

existirá de Roma: no pretendas

con tu arrojo privarla de un dominio,

en que funda el Senado su grandeza:

fuera de esto, ¿qué gloria, qué heroísmo

adquirirá Pompeyo con su muerte?

Modera tu furor, vuelve en ti mismo;

todo lo vence el tiempo y la constancia.

Pronto vendrán refuerzos muy crecidos

que apoyen tus empresas: Viriato

tiene en su mismo ejército enemigos

que envidian su fortuna: finalmente

hacerse superiores al destino,

es propio de los pechos animosos,

que se empeña la suerte en abatirlos.

Viva Pompeyo, porque Roma viva.

POMPEYO

Ya no puede vivir, está vencido;

si de tu Jefe estimas la memoria

deja que satisfaga sus designios.

CEPIO

Está bien, sacrifica a tu despecho,

a tu ciego tesón, a tu capricho
de Ciudadano y Jefe los deberes:
deja que con tu muerte, los vencidos,
del español valor sean despojo;
que el romano poder pierda el dominio,
que disputó a Cartago valeroso
en la fértil España; y asimismo
que el azote de Roma, Viriato,
consiga en Lusitania los designios
de coronarse Rey, y vaya a Roma
a llevar el terror, y el exterminio;
¿pero con tal acción, con tal bajeza
qué fama adquirirá tu nombre invicto?

Medita...

POMPEYO

No mas... ¿tú qué es lo que harías

si te encontraras, Cepio, en lugar mío?

CEPIO

Obedecer a Roma, pedir paces.

POMPEYO

¿A quien, Servilio Cepio? ¿a un forajido?

Eso sería ya reconocerle;

fuera darle un poder de que no es digno.

CEPIO

No queda más recurso.

POMPEYO

Es vergonzoso.

CEPIO

Hasta nuevos socorros es preciso.

POMPEYO

Después de catorce años de victorias,

que el soberbio español ha conseguido

sobre nuestras legiones; ¿qué ventajas

se pueden esperar de los partidos

o de las paces que con él hagamos?

Su carácter feroz, su genio altivo

no admitirá tratados que no sean

vergonzosos a Roma.

CEPIO

¿Quién ha dicho

que lo han de ser por fuerza?

POMPEYO

Mi derrota,

los triunfos que de Roma ha conseguido.

CEPIO

Sin embargo, Señor, de Viriato

es tal la situación, tal el destino,

que siendo vencedor se ve forzado

a tener que pensar como vencido.

Mientras que su valor se coronaba,

por mano de la gloria, de exquisitos

laureles inmortales; el acaso

me condujo a su tienda, protegido

del desorden y el polvo del combate,

donde en brazos del sueño hallé dormido

el objeto amoroso y halagüeño,

que tiene esclavizado el albedrío

del Marte Lusitano. Ve a su campo

a pedirle la paz, no estés remiso,

que por grande que sea su constancia

cederá a la violencia del cariño.

POMPEYO

¿Luego tú consentiste?...

CEPIO

Sí, Pompeyo, los dioses protegieron mis designios,

y entre cadenas gime en nuestro campo.

POMPEYO

Condúcele a mi vista.

CEPIO

Ya te sirvo. Vase.

POMPEYO

Ya empiezo a proponerme para Roma

una paz ventajosa con su hechizo;

de no, su esclavitud al Capitolio

del valor de Pompeyo dará indicios.

Sale Cepio, Dulcidia encadenada, y Romanos.

POMPEYO

Acercate, Dulcidia.

DULCIDIA

¿Quién me llama?

POMPEYO

El General Romano; ¡mas qué miro!

¿La belleza mayor de las bellezas,

dando de esclavitud y de ludibrio

funestas evidencias? ¿La consorte

del animoso Jefe, del caudillo

que derrotó mis huestes prisionera

pronta a servir al carro del vencido,

cuando en vez de trofeos llevé a Roma

la noticia fatal de su exterminio?

Compadezco tu suerte.

DULCIDIA

Yo la tuya.

POMPEYO

No soy esclavo.

DULCIDIA

Pero estás vencido.

POMPEYO

Puedo ser vencedor.

DULCIDIA

Vive mi esposo.

POMPEYO

Roma tiene poder.

DULCIDIA
Viriato brío.

POMPEYO
¿No abaten las cadenas tu constancia?

DULCIDIA
España me dio el ser: harto te he dicho.

POMPEYO
¿Quieres la libertad? ¿quieres librarte

del insulto de un pueblo enfurecido,

de sufrir los dictiones del Senado?

Escribe a tu consorte que sumiso

venga a pedir la paz.

DULCIDIA
Cuando Pompeyo

se atreve a proponerme este partido,

ignora mi constancia, y su derrota:

corazón en soberbia empedernido,

mira el campo sembrado de banderas,

y lanzas destrozadas; mira el río

hinchado con la sangre de los muertos;

mira en montes los valles convertidos

a fuerza de cadáveres romanos;

después medita con maduro juicio

quien debe pedir paz, ¿España o Roma?

POMPEYO

Es verdad que la parca se ha excedido

a sí misma en horror, estrago y muerte;

pero todo el honor, y todo el brillo

que ha ganado tu esposo por tu medio

un descuido le deja obscurecido.

Si él venció mi valor con su denuedo

yo venceré su amor con tus hechizos.

DULCIDIA

No le conoces bien.

POMPEYO

Sé que es amante.

DULCIDIA

Es verdad, pero aun cuando su cariño

desarme su tesón, que no es posible,

y admita por mi causa los partidos,

que la pérfida Roma le propone;

¿si no son decorosos a su brio

ni a la gloriosa España, te parece

que Dulcidia es capaz de consentirlo?

Estima a Viriato, sí, le adora,

mas pospone su amor a su heroísmo.

POMPEYO

Gemirás entre hierros prisionera.

DULCIDIA

La gloria endulzará mi cruel destino.

POMPEYO

Pronto vendrán de Roma nuevas tropas

a castigar su orgullo desmedido.

DULCIDIA

Aunque vuestro Senado la decreta

jamás se verifica su castigo.

POMPEYO

Se verificará, que la victoria

no siempre ha de correr detrás los filos

de su atrevida espada.

DULCIDIA

Eso fuera

si llevara de Roma los designios:

Viriato pelea por su patria;

Roma por ambición y despotismo.

POMPEYO

Basta Dulcidia, basta, y considera

de tu estado infeliz el cruel destino.

DULCIDIA

No teme los reveses de la suerte

un magnánimo pecho como el mío.

POMPEYO

Cansada obstinación... ¿Pero qué es esto?

CEPIO

Que un Tribuno conduce hacia este sitio,

según mandan las leyes de la guerra,

a un Soldado Español.

POMPEYO

Habrá tenido

noticia de tu suerte Viriato,

y la envía a romper tus fuertes grillos.

Haz que llegue, y condúcele a mi tienda.

CAPITÁN

Este soldado quiere...

CEPIO

Ven conmigo... Vase.

DULCIDIA

Si no mienten las señas es mi hermano.

¡Quien hablarle pudiera!... aparte.

POMPEYO

Aunque vencido

ya ves como el acaso y tu hermosura

me dan de vencedor el poderío.

DULCIDIA

¡Que mi esposo se humille de esta suerte!

POMPEYO

No tiene más recurso su cariño.

DULCIDIA

Yo le quiero constante, no amoroso.

POMPEYO

¿Eres mujer, o furia?

DULCIDIA

Ya lo he dicho,

la España me dio el ser.

POMPEYO

Pues a mí Roma:

veremos quien a quien se excede en brío. Vase.

DULCIDIA

No conoce Pompeyo todavía

el valeroso espíritu que animo.

La esperanza del sitio me hizo fuerte,

magnánima, de un padre los avisos,

y el genio belicoso de mi esposo

me enseñó la constancia en los peligros.

Con estas circunstancias vuestro Jefe

de qué sirve que en Roma haya nacido.

POMPEYO Sale
No mas; basta traidor.

DULCIDA
¡Traidor mi hermano!

POMPEYO
De la suerte que ha sido conducido

sacadle de mi campo: los Romanos

no vencemos por medios tan indignos.

CAPITÁN
Pompeyo y Roma llorarán un día,

el desprecio que hacéis de mis partidos.

POMPEYO
Apartad a este infame de mi vista.

Disimular es fuerza por mí mismo. Aparte.

DULCIDIA

¡Cuántas dudas me causa su venida!

De mi esposo contrario siempre ha sido;

y llamarlo traidor públicamente

el General Romano, me da indicio...

¡Ay dulce Viriato!...

POMPEYO

¿Qué meditas?

DULCIDIA

Yo debo de su riesgo darle aviso.

POMPEYO

No respondes, ¿Dulcidia?

DULCIDIA

¿Quién me llama?

POMPEYO

¿Conoces al soldado que ha venido?

DULCIDIA

Disimular es fuerza. No Pompeyo.

POMPEYO

¿Ni tampoco deduces a qué vino?

DULCIDIA

Si no vino a tratar de mi rescate...

POMPEYO

Son diversos, Dulcidia, sus designios.

Tu esposo a cualquier precio con Pompeyo

debe ajustar la paz.

DULCIDIA

Lo mismo digo.

POMPEYO

Una vez que ya cede tu constancia,

y opinas de la suerte que yo opino,

de la oliva desgaja el sacro ramo,

que debe conciliar dos enemigos,

y llevársele ofrezco a Viriato.

DULCIDIA

Todavía haré más: venid conmigo.

Es preciso ceder a la desgracia,

por conservar la vida a mi marido.

Campo de Viriato con su tienda en el foro; a los dos lados de su entrada habrá dos montones grandes de estandartes, banderas, escudos, lanzas y otros trofeos erigidos en triunfo.

Sale Viriato de su tienda y salen los guerreros.

VIRIATO

Animosos y fuertes españoles,

en cuya vencedora aguda espada

mira su esclavitud el Capitolio,

su cara libertad la dulce patria:
ved de vuestros sudores y fatigas
mil y mil monumentos, que a la fama
ha erigido el valor para memoria
de vuestro invicto nombre, y mis hazañas;
con vuestro ardiente y valeroso brío
a sacudir principal el yugo de España,
rompiendo las cadenas ominosas
que se puso ella misma, cuando incauta
contra su libertad tomó partido,
y que las redobló cuando pensaba
por medio de Escipión dejarlas rotas.
Si respira sin susto en la cabaña
el sencillo pastor; si de los campos
coge el fruto la mano que los labra,
y si pueblos enteros fugitivos

reposan en el seno de sus casas,
a vuestro invicto brazo se lo deben.

Dejemos compañeros acabada
empresa tan gloriosa; los trofeos
ganados al contrario, vuestras almas
inflamen el valor: el cielo mismo
vemos que patrocina nuestra causa.

¿No estáis viendo en las lides, como vuela
sobre vosotros con doradas alas,
repartiendo laureles la victoria?

Corramos en pos de ella, hasta que España
respire sin cadenas: convidemos
a los valientes hijos de Numancia
a tan gloriosa empresa, a los Centebrios
y a las demás provincias subyugadas:
reunidas de esta forma los esfuerzos

encerremos las águilas romanas

dentro de sus patrios muros: libertando

de esclavitud tan vil a nuestra patria.

De la ambiciosa Roma el nombre odioso,

enteramente bórrese de España,

y también la Metrópoli del orbe

con sólo escuchar nuestras hazañas.

Estos faustos y alegres vaticinios,

¿el pecho de alborozo no os inflaman?

¿no os llenan del más justo regocijo?

Yo no sé qué inferir de esta mudanza;

¿después de la victoria macilentos,

y llenos de placer en la batalla?

¿Os contrista la suerte de mi esposa?

Si el pérfido romano la hizo esclava,

diez veces le he vencido valeroso,

le venceré otras más por recobrarla.

Valientes campeones, retiraos,

disfrutar del descanso que os prepara

la fama y el sosiego; y entretanto

que al campo del honor la gloria os llama,

los despojos que a mí me pertenecen

quiero que entre vosotros se repartan

a más de los que os tocan, que en las lides

la gloria de vencer a mí me basta.

MINOR

Los Dioses eternicen vuestro nombre.

TODOS

Viva nuestro Caudillo, viva España.

VIRIATO

Ya se fueron... la suerte de Dulcidia,

a pesar del valor de mi constancia

siento que me conturba, no lo extraño;

soy hombre, soy esposo, y nada basta

a borrar de los tiernos sentimientos

aquellas impresiones que en el alma

grave el amor y la naturaleza

¡ay dulce vida mía!... De tu hermana (Sale Ditalcon)

ya Ditalcon sabrás el cruel destino.

DITALCON

Demasiado Señor; mas la desgracia

no permite al cariño de un hermano

el singular placer de recobrarla;

todo cuanto

hay que hacer he practicado.

VIRIATO

Tu sudor y tu polvo lo declaran;

pero por poco tiempo el enemigo

logrará en su poder tenerla esclava.

Esta noche he resuelto sorprenderlo

en sus mismos reales: mi arrogancia,

el terror de mi nombre y su derrota

aseguran la empresa proyectada:

todo pereza al fuego, todo acabe

al invencible esfuerzo de mi espada:

derrotemos sus huestes, de manera,

que no quede quien cuente su desgracia.

DITALCON

Apruebo tus designios.

VIRIATO

De esta suerte

en alas del valor y la venganza,

ve a preparar mis tropas sin que entiendan

el designio que llevo en prepararlas;

y mira que de ti tan solamente

(que has merecido siempre mi confianza

por tu celo y amor), fío el secreto.

DITALCON

Inútil pretensión.

VIRIATO

Es necesaria.

El sigilo en la guerra es una parte de la victoria.

DITALCON
Reflexión tan sabia

sólo es propia de ti.

VIRIATO
No te detengas,

que requiere la acción mucha eficacia.

DITALCON
Si el romano siguiera mis ideas,

no logrará las tuyas tu arrogancia. (Aparte vase).

VIRIATO
Merece que entre todos les distinga

por su lealtad, su celo y eficacia:

pero Minor, ¿qué es esto?

MINOR
Que los Dioses (Sale)

no quieren ver más sangre derramada.

La paz se va a fijar sobre nosotros:

ahora Pompeyo de pedirla se acaba,

y en fe de eso a tu tienda le he traído.

VIRIATO
Quiere sacar partido de la esclava;

dile que llegue, oigamos sus propuestas,

si fueren ventajosas a la patria,

sellaré mis victorias con las paces,

será el firmarlas mi mayor hazaña.

Ya se acerca el Romano, mi decoro

de esta manera recibirlo trata.

Se sienta sobre un peñasco.

¿Qué pretendes?

POMPEYO

La paz.

VIRIATO

¿Quién me la pide?

POMPEYO

El romano poder.

VIRIATO

Siéntate y habla.

POMPEYO

No pudiendo con ánimo sereno

ver Roma estas provincias asoladas,

queriendo poner fin al exterminio

que una sangrienta guerra en ellas causa,

al lusitano pueblo y a su Jefe

convida con la paz.

VIRIATO

Pompeyo, basta:

igual propuesta me hizo con Metelo,

y después se ha negado a confirmarla.

POMPEYO

Con ansia tu amistad desea ahora.

VIRIATO

Porque ve sus legiones destrozadas.

POMPEYO

Si las venciste no has vencido a Roma.

VIRIATO

Pero he vencido en ellas su arrogancia.

POMPEYO

Dejemos disensiones importunas;

tratemos de la paz.

VIRIATO

¿Con qué ventajas

me convida con ella?

POMPEYO

Con las mismas

que Metelo propuso.

VIRIATO

Recordarlas

será muy oportuno: dilas.

POMPEYO

Oye:

La primera que sea Lusitania

del todo independiente: que conserve

los pueblos conquistados en España:

que aliada y amiga del Senado,

no pueda dar socorros a Numancia,

ni tampoco a Segeda.

VIRIATO

No prosigas:

a tu campo vuelve sin tardanza,

que tales condiciones no merecen

por un jefe español ser contestadas.

¿Quién impone las leyes en la guerra,

el vencedor, o el que vencido se halla?

¿Quién llora su derrota España o Roma?

¿Quién en las lides la victoria canta?

Mucho extraño Pompeyo, que de Roma

me traigas tan molestas embajadas.

POMPEYO

¿No te renuncia Roma las conquistas?

VIRIATO

Si son más, mal puede renunciarlas.

POMPEYO

¿No reconoce libre a un pueblo entero?

VIRIATO

Yo ha roto las cadenas que arrastraba.

POMPEYO

¿No quiere tu amistad?

VIRIATO

Por las codicia.

POMPEYO

¿No te quiere aliado?

VIRIATO

Por mis armas.

POMPEYO

¿Luego la paz desprecias orgulloso?

VIRIATO

Roma sólo me obliga a despreciarla.

POMPEYO

¿No la firmaste antes con Metelo?

VIRIATO

Pero no era con estas circunstancias:

yo no faltó a Numancia ni a Segeda;

la causa que defienden, es mi causa.

POMPEYO

También en recompensa se te vuelve

a Dulcidia tu esposa idolatrada.

VIRIATO

¿Tan indigno me juzgas que presumes

que pueda por mi amor vender la patria?

Yo sigo las banderas de la gloria,

con eso he respondido a tu demanda.

Vuelva a seguir la guerra, vuelva Marte

a esgrimir los rigores de la parca.

POMPEYO

Y vuelva a ser Dulcidia entre cadenas,

víctima del oprobio y la desgracia:

mas primero deduce Viriato

por este mudo signo, y esta carta,

su modo de opinar.

VIRIATO

¿Qué me presentas?

POMPEYO

De oliva y de laurel, dos verdes ramas.

VIRIATO

¿Qué significan?

POMPEYO

Míralo.

VIRIATO

¡Deidades!

¡de este misterio, cual será la causa!

(lee) «El signo de la paz muestra tu vida;

el de la guerra atroz tu muerte infausta:

yo no puedo vivir si tú no vives,

antepón al laurel la oliva sacra.»

Mucho dice el papel en locas letras.

¡Qué de terribles dudas me contrastan!

¡Si yo viera a Dulcidia! ¿pero cómo?

renunciar es preciso la constancia.

Salgamos de una vez de confusiones,

y firmemos las paces entabladas:

que tiempo queda luego de romperlas,

si son indecorosas a mi fama.

Ven a firmar la paz.

POMPEYO

Ve por Dulcidia: (Vase un soldado romano)

Ya sabes mis ideas, obra y calla.

CEPIO

¡Con qué sagacidad procede el Cónsul!

Toda la necesita su desgracia,

si servir quiere a Roma... Roma quiere

vengarse de un rival que la contrasta,

y la llena de sustos y recelos

a este fin. Si la vista no me engaña,

aquí viene el traidor que de su jefe

quiere vender la vida, su falacia

debe apoyar la nuestra, y si Pompeyo

le despreció a la vista de su amada

fue por dar a entender a los soldados

que Roma no vencía con infamia;

pero ya llega aquí, quiero llamarlo.

DITALCON

Ya están, Señor, las huestes...

CEPIO

Qué te para,

acércate, no temas... Mi venida

no se dirige a descubrir tus tramas.

La paz se está firmando con Pompeyo,

mas si quieres cumplirle la palabra,

cincuenta sielos de oro te promete.

DITALCON

¿Cómo es que despreció lo que deseaba?

CEPIO

Como le hablaste en público, temía...

DITALCON

Te comprendo... no mas, sigue mis plantas.

La envidia que me causan sus victorias, (aparte)

conduce mi despecho a la venganza.

Sale Viriato con el ramo de oliva en la mano.

VIRIATO

De la cándida paz, almas gloriosas,

ved la sagrada insignia colocada

sobre los monumentos belicosos,

que consagró al valor vuestra constancia:

estos son los efectos halagüeños,

que la victoria ofrece a vuestras almas

reboten de alegría vuestros pechos;

la victoria y la paz siempre hermanadas,

mezclen para el descanso con vosotros

la verde oliva con la rubia palma.

Ve, Pompeyo, a llevar a tus soldados

la nueva de una paz tan deseada.

La amistad que nos une simbolice

la que deben tener Roma y España. (Se abrazan)

POMPEYO

¡Que exija la política de Roma,

que yo cometa acción tan depravada!

VIRIATO

Pompeyo, ¿no te vas? ¿a quien esperas?

POMPEYO

Espero a tu consorte.

VIRIATO

Tu palabra basta.

POMPEYO

Quiero entregartela yo mismo,

para cumplir contigo y con mi patria...

Mas ya viene servida de mis tropas.

VIRIATO

Aquel placer no muestra que mostraba.

POMPEYO

Ya has dejado de ser mi prisionera:

vuelve a serlo de amor.

VIRIATO

Ven y descansa

en mi amoroso seno, como objeto

que corone la gloria de mis armas.

POMPEYO

Concluida la paz y sus tratados,

no queda que hacer más a mi eficacia.

Los númenes te asistan, Viriato.

VIRIATO

Y a ti te guarden.

POMPEYO

Vamos: mi alianza

fuera eterna; si roma tu ruina

por medio de tu muerte, no tratará.

VIRIATO

(Aparte) Ya Dulcidia he suscrito a tus deseos,

ya las paces en Roma están firmadas,

ahora falta me expliques los enigmas

del laurel mi muerte, y en la carta.

Me dices que en la oliva está mi vida,

en el laurel mi muerte, y en la carta

que no puedes vivir si yo no vivo.

Estos enigmas nacen de una causa

tan importante como misteriosa:

explícalos, señora; ¿pero callas?

por tu vida y mi vida, te suplico

me saques de una vez de dudas tantas.

DULCIDI

Puedo hablar sin reserva ¿estamos solos?

VIRIATO

Solamente el amor nos acompaña.

DULCIDIA

La duración al tiempo compitieras

si tan solo el amor te acompañara.

VIRIATO

¡Qué dices!

DULCIDIA

Que en el seno de tus tropas,

la perfidia se oculta, disfrazada

con velo de amistad.

VIRIATO

¿Cómo?

DULCIDIA

No hay duda:

todavía sé más; sé que sus tramas

han llegado a noticia de Pompeyo;

y que el mismo Pompeyo, por su fama,

o por otros motivos que no alcanzo

con vilipendio supo desecharlas.

En el campo romano lo ha sabido;

y no pudiendo desde allí cortarlas,

ni darte parte de ellas, he querido

que las paces propuestas aceptaras,

con la idea de verte, y prevenirte

contra el fiero rigor de la asechanza.

VIRIATO

¿Y contra mí qué trama le perfidia?

DULCIDIA

Lo ignoro enteramente, mas el alma

me dice a cada instante, que tu muerte:

mira de quien te fías con quien tratas,

que aunque yo sea un argos de tu vida,

quizás no bastará mi vigilancia

a evitar el terrible duro golpe

que el destino y la envidia te preparan.

VIRIATO

¿Quién es el fiero autor del atentado?

¿quién el nombre español así degrada?

Dímelo por tu vida, por la mía,

que es cuanto puede encarecer el alma,

que yo juro a mi patria y a tus ojos

castigar de manera su falacia,

que la crueldad admire mis furores,

que el mundo se estremezca a mi venganza.

Pero no, que eso fuera envilecerme,

no me digas quien es, su nombre calla;

que yo ofrezco aplacar muy en breve

si de la envidia su rencor dimana.

A propósito vienen mis guerreros

a aplaudir de Dulcidia la llegada.

Salen la tropas de Viriato, con Ditalcon, Minor y demás capitanes.

MINOR

Todo el campo, Dulcidia, alborotado,

su cariño a ofrecer viene a tus plantas.

DULCIDIA

Su fineza pagar quiero con otra,

repartanse entre todos mis alhajas.

SOLDADOS

Viva de nuestro jefe la consorte.

DITALCON

Dulcidia aunque me ha visto no me habla:

si acaso... pero no, dame los brazos.

DULCIDIA

Tómalos. ¡Ah traidor!

DITALCON

¿Qué dices?

DULCIDIA

Nada.

DITALCON

¿Si al Cónsul la habrá dicho mis designios?...

Con esta duda se estremece el alma.

VIRIATO

Ya que con un motivo tan plausible

miro todas mis tropas convocadas,

hoy con nombre de amigo quiero hablaros,

si acaso el de caudillo os desagrada.

¡Yo sé que entre vosotros hay traidores!

Hay monstruos de perfidia y de falacia

que intentan por los medios más indignos

al romano poder vender la patria.

Una acción tan culpable y delincuente,

es preciso que sea dimanada

de la ciega ambición o de la envidia,

y es preciso también que yo la causa

sea de tan odiosas negras furias,

que tienen tanta sangre derramada.

Si al arte belicoso de la guerra

dediqué mi valor y mi constancia,

fue solo por librar de los romanos

a mi infeliz patria encadenada:

igual fuí con vosotros al principio,

sin deseo del mando peleaba.

Vosotros me le disteis sin quererlo,

y si yo lo admití fue por la patria;

tan pesado me fue como glorioso,

notorio es lo que digo a toda España.

¡Cuántas noches pasaba desvelado
mientras que mis soldados descansaban!
¡cuántas veces del agua y del sustento,
por darselo a mis tropas me privaba!
¡cuántas y cuántas veces, los despojos
que por ley de la guerra me tocaban,
por cumplir con mi pecho generoso,
a favor de vosotros renunciaba!

Decid, ¿no he sido siempre yo el primero
en conducir la muerte a la batalla,
y el último en volver con la victoria?

Respondan los traidores: pero callan:
contradecid mis voces, mas no es dable.

Mi valor, mis heridas, mis hazañas,
pone un sello a sus labios vergonzoso:
unos de enojo tiemblan y de rabia:

otros están confusos y suspensos,
y otros sensibles lágrimas derraman,
pudiera conocer a los traidores
porque el traidor en vano se recata;
pero no me permite mi nobleza
dar el menor tributo a la venganza.

Nombrad Jefe, soldados, lusitanos,
aquí tenéis la insignia, destinarla:
ceñid ese laurel en otra frente
más digna de ceñirle y de llevarla,
que yo seré el primero que obedezca
del nuevo general las leyes sabias.

Ya no soy vuestro Jefe, soy soldado;
mi estado con el vuestro ya se iguala,
que como la ambición no me domina

este título honroso a mí me basta.

Así la envidia queda satisfecha,

la idolatrada patria asegurada,

y aun mi vida también que la perfidia

por seguir sus ideas depravadas,

no perdona la vida de los Jefes,

ni tampoco la gloria de la patria.

Todos se echan a sus pies.

Compañeros, ¡qué es esto! ¿qué motivo

os obliga a arrojaros a mis plantas?

¿qué queréis? ¿qué pedís?

TODOS

Que tú nos mandes.

VIRIATO

No puede ser, amigos.

TODOS

Pues las armas

depongamos al punto, y el romano

sus águilas tremole en toda España.

VIRIATO

Eso no: por los Dioses tutelares.

Yo bien sé que mi muerte está cifrada

en la insignia del mando: mas con todo

le volveré a ceñir sin repugnancia

haciendo de mi vida un sacrificio,

porque Roma no vuelva a esclavizarla.

Ya soy vuestro caudillo nuevamente

si hasta aquí la amistad por mí os hablaba,

ahora por mí el poder hablar intenta.

El Dios de Viriato son sus armas,

su religión, la gloria de la Iberia;

su connato, frustrar las asechanzas

de los viles traidores, que pretenden

echar nuevas cadenas a su patria:

yo le descubriré, sea quien fuere,

y a la vista de todas mis escuadras

le daré en rostro con su negro crimen,
publicando el motivo de su infamia,
y después porque sirva de escarmiento
a impulsos del enojo y de la rabia,
sabré despedazarle entre mis brazos,
romperle el corazón, sacarle el alma,
dejándole de modo, que ni aun sirva
a carnívoras aves de vianda.

TODOS

A fin de castigar los agresores,
todos queremos parte de la venganza.

VIRIATO

Ya tenéis parte en ella, Lusitanos,
en vuestro amor desde hoy mi amor descansa:
y una vez que la noche se aproxima,
a descansar del peso de las armas
idos a vuestras tiendas, entretanto

que la paz os conduce a vuestras casas.

TODOS

Viva nuestro caudillo. Vanse.

VIRIATO

Ven Dulcidia,

donde el amor y el sueño te preparan

el debido descanso a tus fatigas.

DULCIDI

En tu tienda me espera. a Ditalcon

DITALCON

Pero...

DULCIDIA

Calla. vase Ditalcon

Yo haré que el escarmiento le corrija, ap.

Si no lo corrigiesen mis palabras.

VIRIATO

A pesar de los vivas de mis tropas,

tristes presagios vaticina el alma.

Vanse Viriato y Dulcidia, después se retiran las tropas, y Dulcidia se queda en observación.

DITALCON

Ya se fueron; propicia la fortuna

parece que se muestra a mis deseos:

como un simple soldado está en su tienda

mirando su custodia con desprecio.

A buscarme mi hermana salir debe,

así que mi rival se entregue al sueño:

el Capitán Romano, según dijo,

en traje de español vendrá a este puesto:

todo conspira al logro de la idea

que me sugiere un bárbaro despecho;

el lóbrego silencio de la noche,

el pavoroso horror que viste el Cielo

vaticinan su trágico destino;

ánimo corazón, deja el recelo;

perezca Viriato a mis furores;

Roma quiere su muerte, yo la quiero:

la acción es arriesgada, mas la envidia

y el interés no miran ningún riesgo.

Pero un hombre con pasos contenidos

se dirige hacia aquí: ¿si será Cepio?

CEPIO
¿Eres Ditalcon?

DITALCON
Sí.

CEPIO
¿Pues a qué aguardas?

DITALCON
Suspende tus furores, aun no es tiempo.

Mas ya sale Dulcidia... ven conmigo.

Mas ardid que valor quiere el proyecto. vase.

DULCIDIA sale.
Ya se entregó al descanso mi consorte:

una vez que la tienda no está lejos,

de mi pérfido hermano, determino

pasar a reprenderle con secreto,

a fin de que mi esposo no comprenda

que alimenta tan viles pensamientos.

El tiempo no perdamos, sin embargo

de que ya se han calmado mis recelos

por medio de la paz: esta es su tienda,

por tu amor, dueño mío, tu amor dejo. vase.

DITALCON

Ya ni tienda Dulcidia ha penetrado;

sigue mis pasos Cepio, que ahora es tiempo.

CEPIO

¡Que mi decoro a Roma sacrifique!

la exige así el mandato de Pompeyo.

DITALCON

¿Está pronto a apoyar nuestros designios?

¿le ha llegado de tropas el refuerzo?

CEPIO

Todavía es mayor que se pensaba.

DITALCON

Siendo así no perdamos un momento:

no tiene qué temer.

CEPIO

Mira si duerme.

DITALCON

En los brazos descansa Morfeo:

entra mientras registro todo el sitio.

CEPIO

Aun dormido Viriato impone miedo. vase.

DITALCON

Ya penetró la tienda: ahora es preciso

prevenir a Pompeyo del suceso. vase.

VIRIATO dentro.

¿Qué es esto, quién me mata?

CEPIO

Con la fuga

quiero salvar la vida en tanto riesgo. vase.

Sale Viriato de su tienda haciendo los mayores esfuerzos para vengarse del Romano, con la espada en la mano.

VIRIATO

¿Dulcidia? ¿Lusitanos? ¡Qué no pueda

vengarse mi valor del monstruoso fiero!

¡Ola!

DULCIDIA sale.

¿Qué ha sucedido?

VIRIATO

Eres Dulcidia.

DULCIDIA

¿Qué es esto Viriato?

Sacan luces.

VIRIATO

Que me han muerto.

DULCIDIA

¡Oh pese a mi descuido! Cruel hermano:

los Romanos te han muerto por su medio.

VIRIATO

¿Quién Ditalcon?

DULCIDIA

El mismo: Lusitanos

partid de ese traidor en seguimiento,

¿qué os detiene? partid sin más demora,

que mi sangre en su sangre beber quiero. vase Minor.

VIRIATO

¿Qué triunfo conseguisteis asesinos?

en quitarle la vida a un hombre muerto,

dormido me matasteis, que es lo mismo.

DULCIDIA

¡Oh dolor sin igual! Cómo no muero,

su corazón apenas ya palpita.

VIRIATO

No siento yo morir: tan solo siento,

que con mi triste muerte muere España. muere.

DULCIDIA

¡Funesto vaticinio! Un mortal hielo

va deteniendo el curso de su sangre:

ya le dejó el valor: ¡Dioses! Ya ha muerto,

su Numen tutelar perdió la España:

yo he perdido el más dulce compañero:

si el dolor y la pena no me matan

me matará la pena y el despecho.

Pérfido hermano... esposo sin ventura...

Desventurada España... cruel Pompeyo.

¿En qué piensas, Dulcidia? ¿De qué sirven

tus ayes, tus gemidos y lamentos

a vista del cadáver de tu esposo?

Sus heridas, su sangre, el mismo cielo

pidiendo están venganza contra Roma,

contra mi hermano, y tu asesino fiero;

sobre tus manos yertas yo la juro:

a cuyo fin...

MINOR sale.

¿Señora?

DULCIDIA

¿Qué es aquesto?

MINOR

Que Pompeyo, sin duda noticioso

de la muerte fatal de nuestro dueño,

viene con nuevas tropas por el monte

en nuestro mismo campo a sorprenderlos.

DULCIDIA

No importa; déjale: vive en Dulcidia

todavía el valor de vuestro Dueño;

dame, dame tus armas victoriosas,

que en ellas va cifrado el vencimiento.

No tenéis qué temer: a Dios esposo. le retiran.

El Cielo va a vengarte con tu acero.

dentro. Perezca Lusitania.

ESPAÑOLES

Muera Roma.

DULCIDIA

Tiemble de mi furor el universo.

Se da una batalla en el monte entre los Españoles y Romanos: Salen por la cima de él Pompeyo, Cepio, Ditalcon y Romanos; y salen a su encuentro Dulcidia, Minor y Lusitanos. Se da una reñida batalla, y después que se han entrado sale Dulcidia con Lusitanos persiguiendo a Ditalcon, y sale Pompeyo por otro lado.

DULCIDIA

Matad a ese traidor.

DITALCON

¿Que yo no encuentre

quién me socorra? ampareme Pompeyo.

POMPEYO

De este modo apadrino a los traidores.

Dale de la traición el justo premio. a Cepio que lo hiere.

DITALCON

¡Ah pérfidos!... cae muerto.

POMPEYO

Señora, ya es preciso

que ceda tu valor, dame el acero:

perdiste la batalla.

DULCIDA

¡Cruelles hados!

Ya de Roma a arrastrar vuelve los hierros.

Ni Pompeyo, ni Roma, ni el Senado

el júbilo tendrán de verme en ellos:

pues antes que mirarme encadenada

al carro del oprobio y del desprecio,

sabré trocar en tósigo mi rabia

sabré trocar mi cólera en veneno,

en agudos puñales mis congojas,

y en dogales crueles mis tormentos;

y cuando no, yo misma con mis manos

me sabré destrozar mis propios miembros,

sembrados por el aire, si es posible,

y dejarlos en átomos deshechos.

POMPEYO

Retírad a Dulcidia: tus desgracias

la compasión excitan en mi pecho;

más clemencia me debes que mereces.

DULCIDIA

Tu clemencia maldigo, y la detesto:

triunfaréis de España; pero España

triunfará de vosotros con el tiempo.

POMPEYO

Ven a escribir a Roma.

DULCIDIA

La victoria

que adquirió tu maldad, tu vilipendio.

TODOS

Y sea de piedad esta tragedia

a la edad venidera digno objeto.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

